

## El concepto contemporáneo de España

Juan Manuel Checa<sup>1</sup>

A Carol y a Héctor, con la esperanza  
de que vuestro futuro sea mejor que  
el presente

**Resumen:** Este trabajo pretende analizar el auge del soberanismo y el concepto contemporáneo de España, que se relacionan, desde la perspectiva del declive de las ideologías, tesis de la obra de Fernández de la Mora, así como de las reflexiones de Ortega sobre España y el independentismo catalán o vasco, con el objeto de demostrar que el auge de la derecha y de la extrema derecha en nuestro país no sólo no limitan el independentismo, sino que más bien lo estimulan, en un proceso secular prácticamente indistinguible de la misma historia de España.

**Palabras clave:** ideologías, soberanismo, España, derecha, extrema derecha.

**Abstrar:** This paper analyzes the rise of sovereignism and the contemporary concept of Spain. The perspective of the ideology decline comes from the Fernandez de la Mora thesis and the Ortega's reflections on Spain and Catalan or Basque independence movement. The rise of the right and the far right in the country could stimulate independence movements rather than its suppression. The thesis presented in this article is hold by the Spanish contemporary history.

**Keywords:** ideologies, sovereignism, Spain, right, far right.

Tiempos interesantes. Al cuestionamiento radical de la situación presente que parece abocarnos una crisis casi indestructible, que ha hecho de Occidente ejemplo de lo que no se debe hacer, asistimos simultáneamente a la urgencia de nuevas propuestas, de la más que justificada rebeldía ante hechos que amenazan con arrastrarnos. Las demandas sociales en torno a una realidad política más justa tienen como réplica (*reacción*) la emergencia de extremismos de toda laya. Las instituciones se devalúan en proporción al malestar del ciudadano corriente. Así, no es de extrañar que, de entre todas los proyectos de cambio y renovación que se formulan en la actualidad, destaque el que sin duda comporta mayor grado de radicalidad, de audacia: el soberanismo. El término está en boca de todos, aunque su sentido no lo consigne aún el diccionario, lo que anima sin duda a la filosófica cautela. Formalmente, y atendiendo a su sufijo, puede indicar doctrina o sistema, actitud, actividad deportiva, o formar expresiones científicas: salvo la tercera, el

---

<sup>1</sup> Seminario de Filosofía Política de la Universidad de Barcelona.

resto de posibilidades aluden al movimiento, si se quiere a la acción. A este respecto baste recordar las multitudinarias manifestaciones que han acompañado a la Diada (Día grande de Cataluña) en sus últimas ediciones para percibir lo oportuno del sentido que comporta el vocablo. Se trata, mal que pese a muchos, de una exquisita expresión de voluntad popular. Sin embargo, no conviene derivar la cuestión a lo meramente catalán.

En efecto, el soberanismo tal y como se plantea hoy, debe ser inscrito en un campo de estudio mayor, que trascienda la sociedad de la que procede. Su gravedad denota otra mayor, se trata del síntoma de un mal cuya profundidad, como diría Bécquer con magistral acento, al cálculo resiste. Me refiero a la lenta mas progresiva pérdida del soberanismo español. De hecho, este discurso se ha oído demasiado, incluso la minimización del Estado, consecuencia inevitable de esa pérdida, afecta de un modo u otro a todos los países. El auge de la economía, el avance del mercado, ganan el terreno antaño propio de la política, el papel dinámico que caracterizaba al ciudadano se desvanece<sup>2</sup> o muta en la dispersión natural del consumidor. Se sustituye el patriotismo por la exaltación deportiva<sup>3</sup> mientras que la Historia queda relegada a ámbitos académicos o toma carta de pública naturaleza sólo cuando arrecian debates parlamentarios subidos de tono. El poder efectivo de los Estados, sobre todo si representan a naciones con poca o ninguna riqueza, es estrictamente nominal. Semejante situación constituye el marco de referencia desde el que se deba analizar las reivindicaciones catalanas, que algo tienen de romántico empeño, de quijotesca caída, en cuanto aspiran a contraponer el poder político al económico. Porque, urge ya decirlo, esa labor está destinada al fracaso, y la prueba la ofrece la misma España, sujeta como se halla a las exigencias de los foros internacionales a los que pertenece, a los intereses que la someten. Baste sino recordar el ejemplo del magnate que quiere levantar sobrecogedores casinos en la periferia de Madrid y exige, pensando en su propio beneficio, la derogación de la ley que prohíbe fumar en ciertos espacios públicos. La soberanía del parlamento, en este caso el español, se ve así severamente cuestionada. ¿Qué margen de maniobra le queda a la política catalana? ¿De qué sirve consolidar una nación que sin embargo no será más independiente que cualquier otra? Las soflamas independentistas algo comparten con el canto del cisne.

Prescindamos empero de todo ello y atengámonos a la nuda política. Dejemos a un lado la influencia del dinero y prestemos atención a la voluntad histórica de un pueblo, a la llana y simple democracia: tampoco sacaremos nada en claro. La historia de la España contemporánea arranca con el final de la dictadura de Franco y del régimen, el nacionalcatolicismo, que conservó su poder. Esto no implicó, a pesar del sueño de muchos, una mutación de hondo calado, la evolución hacia formas de vida más civilizadas, europeas si se quiere, sino la pervivencia de

---

<sup>2</sup> Vid. Bermudo, José Manuel. *Adiós al ciudadano. Pluralismo, consumo, globalización*. Barcelona, Horsori, Cuadernos para el análisis 30, 1ª ed., 2010.

<sup>3</sup> No deja de ser significativo que hace más de medio siglo cierta obra, por lo demás mediocre, concluyera sus páginas lamentado que los que entonces ensalzaban a Roma se referían solamente a un equipo de fútbol y no a la otrora capital del mundo conocido. Vid. Montanelli, Indro. *Historia de Roma*. Trad. Domingo Pruna, Barcelona, Círculo de Lectores, 1960, pág. 361.

una determinada ideología, la salvaguarda de una concepción metafísica de España, basada en la Corona y la Iglesia. El dictador avaló siempre a la figura del actual monarca y consintió su educación en tierras españolas, hasta el punto de que formó parte de su séquito póstumo, siempre desde el inequívoco convencimiento de que no había para España mejor régimen que la monarquía, fuese cual fuere su modalidad.

Al igual que entonces, el catolicismo forma parte de cualquier protocolo oficial, conserva el papel que la tradición le atribuía en la tutela de los destinos espirituales del país y escandaliza ver como honra multitudinariamente a los religiosos muertos antes de la Guerra Civil (cuyo número por cierto parece hartamente abultado) mientras que los homenajes a las víctimas del terror franquista se hacen de incógnito y carecen de relevancia (y si la tienen se la deben a las agrias e interesadas polémicas que suelen suscitar).<sup>4</sup> De este modo la idea de la nación que hoy manejamos y que encuentra legitimidad en la Constitución que surgió tras el negro período de gobierno del fascismo español, responde sin duda a la idiosincrasia e ideales de este último.

Por otro lado, la constante exaltación con la que el rey ha hecho gala de su culto a los derechos humanos y las libertades públicas no pasa de la mera apariencia, no ha obedecido jamás a un ejercicio sincero de fe democrática, como lo prueba el hecho de que los miembros del aparato represivo del régimen anterior no conocieron juicio judicial alguno, y se trata más bien de una concesión a lo que hoy se llama lo políticamente correcto con una resonancia mediática a suficiencia: baste si no recordar el convenientemente sobredimensionado incidente con Hugo Chávez, anterior presidente de la república venezolana. Personalmente, y conste que aquí formulo una impresión subjetiva, considero que, dada la conjugación de los derechos humanos y el reconocimiento del valor individual que conforman las democracias liberales, la devoción monárquica a los primeros ha sido siempre asunto de nuda mercadotecnia, propaganda para realzar las virtudes que faltan a este país, de atribuirle un prestigio democrático que aún no ha alcanzado. No había mejor forma para lavar un pasado de tolerancia con el dictador, de restaurar el prestigio de un trono que otros arrastraron por el cieno. De esa forma, y por ser ésta una monarquía parlamentaria, apuntalaba tanto la Corona como la naciente democracia: confundía sus intereses en uno.

La incorporación de España a una nueva cultura democrática, lo que aquí llamamos la Transición, supuso una conversión en el más rudo de los liberalismos económicos, en una economía de mercado posicionada ideológicamente, durante la Guerra Fría, con los enemigos del comunismo. Lo que comportó que la economía fuera a determinar por completo a la política, o dicho de otra manera, no cabe, en lo que refiere al gobierno español, otra alternativa que no sea la derecha. Un giro político hacia la izquierda por parte de la mayoría de los españoles rozaba –roza–

---

<sup>4</sup> De todos los represaliados por las hordas franquistas quien más ha caído en un olvido culpable y cicatero es sin duda García Lorca, del que no se sabe ni siquiera dónde está enterrado. Lógico: la muerte del poeta fue un aquelarre que conjuró a nuestros peores demonios y que justifica la existencia de una España negra, ultramontana, violenta, homófoba, desdeñosa de la cultura y enemiga cabal del progreso; que todo ello estuvo, de una forma u otra, en un cobarde asesinato que, admito, yo todavía no he perdonado.

lo utópico<sup>5</sup>. Admito lo excesivo de esta afirmación, que creo sin embargo poder justificar con la obra de cierto intelectual español, conservador y acaso franquista: Gonzalo Fernández de la Mora, cuyo análisis es tanto o más aborrecible cuanto más exactos son sus diagnósticos y vaticinios. Su tesis principal tiene la sencillez de las grandes verdades, de los apotegmas que están por encima de toda duda: asistimos al ocaso de las ideologías. Desde luego, no se trata de una afirmación original: este autor tradujo a otro que defendía sus mismos planteamientos, Daniel Bell<sup>6</sup>, por lo que cabe suponer cierta influencia de uno sobre el otro. En cualquier caso, parece deudora de los viejos fantasmas, que poblaron la Europa del pasado siglo, surgidos de la muerte de dios: el final del arte, de la novela, de la metafísica, etc., un declive general que sólo sirvió para potenciar lo que se decía finiquitar<sup>7</sup>. Fernández de la Mora prescribe la decadencia ideológica y su sustitución por una progresiva tecnocracia, el auge de la gestión y de una sedicente racionalidad que califica con el pintoresco término de «ideocracia»<sup>8</sup>, a partir del supuesto de que cualquier ideología se reduce a nuda pseudoidea. Sin mencionarlo explícitamente, esboza lo que se podría calificar de biografía intelectual del franquismo, desde el emotivismo fascista de la Falange hasta la tecnocracia de algunos miembros del Opus (la Obra), ministros de Franco<sup>9</sup>: desde un pasado ideológico hasta un presente técnico. Para este autor la ideología en su conjunto constituye un conocimiento práctico, que busca influir no sólo sobre la acción de los individuos, sino asimismo sobre su forma de ser y de pensar, merced a su alto contenido emocional. La sociedad obedece a dos factores de cambios: los intereses, que responden a lo pragmático y pecuniario, si bien De la Mora se libra de atribuirles un valor pasional ni considera el mero cálculo –su herramienta más eficaz– la subordinación de la razón a la pasión,<sup>10</sup> y las ideologías, que escapan al pacto o compromiso que empero pueden alcanzar los primeros.<sup>11</sup>

Por supuesto, prima el carácter económico y la racionalidad instrumental, base única para construir una sociedad pacífica y próspera, puesto que las guerras sólo las desencadenan los rigores ideológicos, que afortunadamente, y según él, comienzan a declinar. Su diagnóstico, profundo por actual, alcanza a la apatía política, que

---

<sup>5</sup> La legalización del partido comunista avaló esta supuesta vocación democrática, que apenas causó graves conmociones (el fallido golpe de Estado conocido popularmente como el 23-F fue obra de unos frenéticos que pasarían por románticos si no hubieran sido tan estúpidos) y que, al consolidarse en el país la economía de mercado y la libre empresa, privaban de las condiciones que hubieran posibilitado el advenimiento del socialismo. Fue otro efecto propagandístico más.

<sup>6</sup> Bell, Daniel. *El fin de las ideologías*. Trad. Alberto Saoner Barberis, Madrid, Tecnos, Colección de Ciencias Sociales 38, 1964.

<sup>7</sup> Onfray, Michel. *Tratado de ateología. Física de la metafísica*. Trad. Luz Freire, Barcelona, Anagrama, 2ª Edición, 2006, p. 31.

<sup>8</sup> Fernández de la Mora, Gonzalo. *El crepúsculo de las ideologías*. Madrid, Ediciones Rialp, Biblioteca del Pensamiento Actual 131, 1965, p. 23.

<sup>9</sup> Vid. Díaz-Plaja, Fernando. *La España que sobrevive*. Madrid, Espasa-Calpe, Serie ensayo, estudio, documento, 1987, p. 167.

<sup>10</sup> Todo proyecto que aspire a un nuevo régimen contractual, a la manera de los que idearon Hobbes y Rousseau, ha de tomar por nuevo estado de naturaleza al mercado, cuya única fuerza pasional es la codicia, capaz de someter a la misma razón y que, como prueba la crisis que aún padecemos, consecuencia de la voracidad del crédito, de suyo no acaba jamás.

<sup>11</sup> Fernández de la Mora, Gonzalo. *El crepúsculo de las ideologías*, op. cit., p. 40.

comprende la abstención y la disminución del número de afiliados en los partidos. Sin embargo, la drástica reducción del entusiasmo hacia la política hoy se ve espoleada por la crisis económica, la desnaturalización de los políticos en meros gestores o la ínfima calidad cultural del ciudadano medio, que parece abocarle sin remedio al deporte o a la televisión. De hecho, juzgaba entonces con fruición lo que sin duda es ahora síntoma inequívoco de la esterilidad de la vida pública: el desinterés de padres e hijos por la política, con seguridad movido entonces por los horrores todavía vivos de la guerra civil, hoy por la carestía mental de ambos.<sup>12</sup>

Porque no hay peor herencia que el perjuicio sobre el que descansa esta obra, consecuencia directa de la devastación de la pasada centuria, esto es, la suposición de que la ideología mata, de que sólo la política causa muertos. El totalitarismo, la demencia terrorista, el integrismo, en fin, todos ellos perpetraron genocidios y matanzas, por lo que cualesquiera formas políticas se verán así cuestionadas con estricta severidad. Desde luego, se trata de la política, no de la economía. La destrucción que causa esta última: degradación del medio ambiente, de la atmósfera, etc., y los daños que provoca en culturas e individuos, en cuanto merma sus derechos, poseen el raro don de carecer de semblante. El ocaso de las ideologías, como el final de la historia, sólo resulta comprensible desde la supremacía de lo económico sobre lo político,<sup>13</sup> desde una economía de mercado que va a exigir la libertad total de venta y producción y la supresión de cualquier planteamiento que pueda limitar su dinámica, de ahí la progresiva desaparición de lo público al alimón del adelgazamiento constante del Estado.

El declive de la política asimismo parece obedecer a causas íntimas, males privados. El esencial —otra prueba de la lamentable vigencia del texto— descansa en la convergencia del liberalismo y el marxismo, entonces con una fuerza que empezaba a decaer. Mientras que el primero asumía los ideales de justicia social del segundo, éste defendía la libertad de consumo y la iniciativa empresarial de que hacía gala aquél. Se diría que uno y otro asumen las virtudes y defectos del contrario, acaso porque las crisis propias de los tiempos, los nuevos desafíos que plantea la globalización animan a un acercamiento de posturas: entrar en una investigación histórica me apartaría de mis intenciones iniciales, cuando la consecuencia más grave pero evidente de ese peculiar maridaje, de esa identidad desde la diferencia, no constituye más que el monopolio de la derecha en el ámbito ideológico. Porque el final de las ideologías no significa más que el dominio, mejor, el monopolio de una de ellas, la que se acoge a los dictados del mercado, desdeña derechos y libertades públicas y busca sus principales referentes en una tradición no exenta de puntos demasiado oscuros. O dicho de una manera más grave y breve: en el mundo occidental y muy particularmente en España, en términos políticos, todo se reduce a derecha y extrema derecha. Inunda ese color por doquier, y sólo conoce leves variaciones de tonalidad, impera sobre cualquier otra cosmovisión, otro planteamiento ideológico, amenazando constantemente con reducir a la nada toda réplica, toda respuesta que difiera de su naturaleza universal.

---

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 53.

<sup>13</sup> *Ibid.* pp. 58-59.

Mantiene su dominio en los grandes partidos, ninguno de los cuales rechaza de antemano los principales dogmas del liberalismo económico, de la supremacía occidental, mientras que los que escoran hacia el flanco inverso son ninguneados, convenientemente criminalizados y reducidos casi por entero a una existencia testimonial.

El éxito de la extrema derecha trasciende incluso la mera política, y se puede percibir en gran parte de los ámbitos por donde discurre la vida civil, y son los medios de comunicación los que mayor eficacia han puesto a la hora de presentarla como una opción más, tan respetable como cualquier otra. De hecho, resulta por lo menos escandaloso el auge, la relevancia pública de algunos profesionales que no tienen ningún empacho a la hora de exhibir sus credenciales políticas, o aun presentarlas con una franqueza admirable en otros contextos, beneficiándose así de una hegemonía indiscutible en televisiones y periódicos, donde es difícil decidir qué causa mayor desprecio: si la mala educación de la que hacen gala y la ignorancia que demuestran en demasiados aspectos o el hecho de que dominan la práctica totalidad de la parrilla. Seguramente las políticas sociales del anterior gobierno: la ley del matrimonio homosexual, de la memoria histórica, de la interrupción voluntaria del embarazo, sirvieron de acicate para la explosiva manifestación (que no aparición porque ya estaba) de la extrema derecha, la cual también se alimenta del descontento de la crisis actual (un hecho histórico: Hitler o Stalin lograron el poder merced a situaciones análogas) o a las reivindicaciones de ciertos colectivos sociales que, gracias al aborto y a otras medidas progresistas, ven peligrar su razón de ser. Pero a ésta también debemos, por lógica réplica, el auge del soberanismo, que a sus pretensiones históricas viene a sumarse el temor por perder su singularidad –el tan traído problema catalán– en el océano monocromo de la política imperante.

Desde luego, la propia evolución del franquismo, desde un pasado fascista hasta una postrimería tecnócrata, se constituye en todo un gesto de inteligencia política, fue un lavado de cara que iba a servir, en su inmediato futuro, para que sus correligionarios pasaran por auténticos demócratas y que su extremismo no despertara –no despierta ya– recelo alguno,<sup>14</sup> sin duda porque supieron eludir los aspectos más negativos del fascismo tradicional: el racismo o el culto a la violencia, que sustituyeron por una mitología cristiana con la que culturalmente se sentían más identificados. Si es cierto lo que se suele atribuir a Baudelaire y la gran jugada del demonio fue convencer al mundo de que no existía, no lo es menos que la victoria de la extrema derecha estribó en habernos hecho creer que era inofensiva. Me atrevería a añadir que, de todas las corrientes semejantes que hay en Europa, acaso en el mundo, es la extrema derecha española, casi sin incertidumbre, la más peligrosa, puesto que es la que mejor ha sabido evolucionar.

---

<sup>14</sup> Conviene tener presente que uno de los elementos más eficaces en la conversión a la democracia de los gerifaltes del nacionalcatolicismo fue la violencia etarra, que se cebó en no pocos miembros del partido que los agrupaba (esto es, el Partido Popular) logrando así su parte en la lucha por los derechos y libertades, antaño exclusiva de la izquierda. Una prueba más de la insensatez de la banda aunque personalmente nunca comprenderé por qué no se la hizo beneficiaria de las leyes de amnistía, en plena transición, y de su consecuente reinsertión en la vida política y social.

La consecuencia evidente de estos hechos se reduce a la notable indiferencia, por la in-diferencia entre las posiciones políticas antes explanada, de la que hace gala el ciudadano medio, que inclinado por naturaleza a sus propios intereses, prescinde de toda alternativa a lo que considera erróneamente como el mejor de los mundos posibles. Que hoy los partidos conservadores incluyan llamadas a la solidaridad en su programa o los progresistas defiendan la libre competencia en el suyo no sólo prueba la indistinción de unos y otros, su casi exacta homologación, también prueba que el movimiento natural de la sociedad la empuja inexorablemente hacia el extremismo. La misma dinámica del capitalismo, que exigió al socialismo una profunda revisión de sus planteamientos y propuestas, pide otro tanto al liberalismo, más sensible a las demandas de justicia social.<sup>15</sup> De algún modo, estas tesis anticipan la fluidez que Bauman ve en la condición contemporánea, la disolución como exigencia del mercado<sup>16</sup> y la importancia del individualismo,<sup>17</sup> que en el caso del autor español prescinde de los anhelos de libertad propios del liberalismo en beneficio de una conservadora, diré mejor obsesiva aspiración de seguridad.<sup>18</sup> He aquí la clave de bóveda de su radicalismo, tal vez de todos: la necesidad que experimenta de hallar siempre un enemigo, de defenderse de cualquier hipotética agresión, tiene por origen única y exclusivamente al miedo.

Ese conservadurismo extremo se afianza con un recelo creciente hacia la democracia. Desde el célebre apotegma de Rousseau acerca de la inviabilidad esencial de toda democracia pura,<sup>19</sup> se sospecha de sus filtros, listas cerradas, disciplina de partido, distinta apreciación del voto según el lugar donde se ejerce, y olvidando que algunas de estas medidas están destinadas a salvaguardar la igualdad, se sostiene el viejo reproche franquista de la partitocracia o la devaluación del poder del pueblo en el dominio más o menos concertado de los partidos;<sup>20</sup> en suma, el archisabido sofisma que rechaza cualquier régimen democrático porque no hay ninguno perfecto. Estas páginas dan así cuerpo doctrinal a la desfachatez de los técnicos de la dictadura, que se cuidaban de defender el régimen que mantenían sin dudar al mismo tiempo de dar lecciones acerca de lo que es democrático y lo que no. Un cinismo redomado, vamos.

Acierta, sin embargo, y su clarividencia no se puede por menos que admirar, al advertir, como otro rasgo esencial del declive ideológico, el establecimiento de un cosmopolitismo entonces en ciernes. De la Mora veía un síntoma del mismo en la unificación continental europea, clara competidora del mundo anglosajón, que no ha hecho sino consolidarse con el paso del tiempo, más aún, ambas realidades inspiran a prácticamente todo el orbe, y se ven procesos de agrupación similares en América Latina y Asia. El fenómeno, por supuesto, se contraponen al nacionalismo. En estos momentos, ¿cómo negar la oportunidad de

---

<sup>15</sup> *Ibid.* pp. 86-87.

<sup>16</sup> Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Trad. Mirta Rosenberg, Buenos Aires, FCE, Sección de Obras de Sociología, 3ª reimpresión, 2004, pp. 9-10.

<sup>17</sup> *Ibid.* p. 35.

<sup>18</sup> Fernández de la Mora, Gonzalo. *El crepúsculo de las ideologías*, op. cit., pp. 87-88.

<sup>19</sup> Rousseau, Jean-Jacques. *Du contrat social (Oeuvres complètes)*. Paris, Editions Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade 11, 1959-1969, p. 404.

<sup>20</sup> Fernández de la Mora, Gonzalo. *El crepúsculo de las ideologías*, op. cit., p. 90.

semejante análisis?, ¿es sostenible rechazar el internacionalismo pujante o las vehementes condenas que sufre un nacionalismo también al alza, sobre todo en Cataluña? El segundo se reduce a la nuda política, mientras que la voluntad cosmopolita constituye una consecuencia más de la expansión del mercado, de la necesidad del capital a la hora de vender e invertir, del crecimiento orientado hacia la ganancia. Sobran, por tanto, las políticas arancelarias y la voluntad general, la presión fiscal y las demandas sociales.<sup>21</sup>

Desde este punto de vista, resulta comprensible que el soberanismo (al menos como se plantea últimamente en tierras catalanas) recoja parte de las exigencias de renovación de la vida pública planteadas por los movimientos sociales nacidos al calor de la crisis actual y se presente también cual exigente censura a los efectos más lamentables de la situación económica. Así, el nacionalismo perdería esa natural emotividad, que raya en lo irracional según el autor,<sup>22</sup> a cambio de una defensa de la política pura, de un poder capaz de limitar los excesos del poder, a partir de un espíritu afín al que llevó a Montesquieu a separar los órganos ejecutivos, legislativos y judiciales, con el objeto de garantizar su independencia y mutuo control. Esa voluntad de contención estaría en la base del soberanismo, que también halla en la repulsa a los desmanes del mundo inmobiliario y financiero un verdadero acicate.

No cabe ninguna duda, o al menos muy pocas, de que la historia sigue un curso asimétrico con respecto a la existencia humana, que sabe de novedades destinadas a oscurecer las inercias nacidas de épocas anteriores. La Transición no sólo logró que los prebostes del régimen adquirieran carta de democrática naturaleza sin brindar concesiones ni sufrir contrapartida alguna, a la vez mantuvo el régimen económico y la homologación ideológica (en lo referido a la esencia de España) propias de la dictadura. Hoy por hoy, como cuando se escribía el libro que comento, triunfa lo económico, independientemente de la crisis que aún perdura, y la derecha campa a sus anchas, indiferente a cuál de los dos grandes partidos ha de tomar el poder (tenemos un “socialismo monárquico” sin precedentes en la historia de la izquierda<sup>23</sup>), pues está con entrambos, y sólo difiere de grado ante una extrema derecha que, por lo que se refiere al caso español, supo evolucionar.

Pero la izquierda ha de poseer una dimensión revolucionaria. Lo exige su pasado histórico y la pureza de su idiosincrasia, si es que la tiene y no ha caído en la desvirtuación que con tanta gentileza enuncia De la Mora. El soberanismo catalán, desde su dimensión popular, de encuentro multitudinario, recoge esa opción, aspira

---

<sup>21</sup> Conviene advertir que ese cosmopolitismo, en tanto que ausencia de la esencialidad de la propia tierra, puede considerarse como un hecho traumático, desasosegante. Al respecto, vid. Heidegger, Martin. *Carta sobre el Humanismo*. Trad. Helena Cortés-Arturo Leyte, Madrid, Alianza Editorial, El libro de bolsillo, 2000, p. 53.

<sup>22</sup> También hay que tener en cuenta, a pesar de las diatribas de De la Mora, que el patriotismo, dado que arranca de emociones personales y familiares, no sólo merece algo más que la mera desconfianza, sino que forma parte del bagaje de todo ser humano, suma de afectos y vivencias. Vid. Bilbeny, Norbert. *Tallaferro & Tocafusta o la dificultat de perdonar*. Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner Editor, Aliorna 31, 1ª ed., 2011, pp. 19-20.

<sup>23</sup> Y no cabe objetar tomando por antecedente el socialismo aristocrático que decía profesar Ortega, en parte por ser una idea de juventud del filósofo y en parte por dar al término “aristocracia” una idealidad que no le compete por entero. Cf. Ortega y Gasset, José. *Socialismo y aristocracia (Obras completas, tomo I)*. Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 1ª reimpresión, 2004, pp. 621-623.

o parece aspirar a devolver la soberanía al pueblo, perdida entre los desmanes de políticos trabucados en gestores y empresarios con vocación política. Lo singular en él es su carácter festivo, lúdico, y por supuesto de toda manifestación violenta, con lo que gana no más adhesiones que rechazo por parte de sus adversarios, que lo querrían sanguinario para acabar antes con él. Asimismo, y puesto que quiere dejar del lado el Estado autonómico, considerado por muchos el logro de la Transición, pone en entredicho a esta última, rigurosamente incluso al mismo concepto de España, aun cuando no es menos cierto que muchos conservadores exigen el final de ese mismo Estado, dado que, en su opinión, las autonomías, a costa de las competencias que les fueron transferidas, acabaron por fagocitar el poder central, a cuestionar aun la misma noción que tenemos de la nación española contemporánea.

Dedicaré las últimas páginas ha ocuparme de esta última, movido por la sospecha de que el conservadurismo (derecha o extrema derecha, tanto da) erró gravemente al forjarlo. El primer argumento que incluso se puede formular contra él se halla en los movimientos sociales que surgieron al calor de la crisis, los cuales tanto critican al Estado y sus concesiones al mercado (desde el ámbito estrictamente económico), y el soberanismo catalán, acaso vasco también, que, como ya dije, consideran el régimen autonómico agotado ya (desde una óptica más política). Ya lo advertí anteriormente, se trata de fenómenos anejos: como afirma Niño-Becerra, la Transición no sólo restauró los Estatutos de Autonomía, sino que llevó a cabo una fuerte descentralización competencial, en un intento de acercar a la ciudadanía y sus problemas cotidianos a los entes más o menos locales. Para asegurar su financiación, y excepto Euskadi y Navarra (ambas con un régimen financiero propio), se restó de la recaudación fiscal de las regiones más ricas una parte, que servía para compensar a las más pobres. Según este economista, el resultado fue una aproximación de las rentas medias de los ciudadanos, pero a su vez una limitación en el crecimiento de las zonas más ricas. Con la crisis las que menos dinero tenían buscaron nuevas fuentes de financiación en recargos a tributos ya existentes (lo que se dejó al margen por el rechazo social que la medida inspiraba) y el endeudamiento, que supuso el aumento de la deuda del Estado<sup>24</sup>. Tanto da, conviene repetirlo, analizar los nuevos movimientos sociales desde una óptica económica o el soberanismo desde otra, política. Ambos casos plantean un radical cuestionamiento del *statu quo*<sup>25</sup>, que justifica la incompetencia del Estado y del Mercado, su responsabilidad ante hechos que con creces les superan.

Desde luego, los antecedentes históricos del concepto de España no animan al optimismo. El joven Ortega y Gasset veía en los españoles fanatismo,<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> Niño-Becerra, Santiago. *Más allá del crash. Apuntes para una crisis*. Barcelona, Los libros del lince, Los panfletos del lince, 2011, pp. 33-34.

<sup>25</sup> La noción latina carece de las connotaciones positivas que habitualmente se le atribuyen, incluso designaba un momento donde la tensión entre partes beligerantes quedaba por un momento relajada o en un equilibrio difícil de superar. Se trata de una abstracción que merece, como cualquier otra, las reservas que inspiraban a Sacristán. Cf. Sacristán, Manuel. *Introducción a la lógica y al análisis formal*. Barcelona, Ediciones Ariel, 1964, p. 17.

<sup>26</sup> Ortega y Gasset, José. *Canto a los muertos, a los deberes y a los ideales (Obras completas, tomo I)*. Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 1ª reimpresión, 2004, p. 106.

cansancio y decadencia,<sup>27</sup> rechazo a la ley,<sup>28</sup> al individualismo y, paradójicamente, a la comunidad.<sup>29</sup> Se puede objetar su juventud, su poca experiencia o la pasión en el filósofo, sin embargo, se deben mantener, aun en el nivel de la nuda hipótesis, sus aseveraciones, precisamente por ser quien fue.<sup>30</sup> En cualquier caso, la preocupación por España y, sobre todo, por su futuro alcanzó un mayor grado con el paso del tiempo, máxime cuando las aspiraciones catalanas –como sucede hoy– se decantaban por la ruptura con el Estado español. Su reflexión arrancó coqueteando con la lógica, en especial con la peculiar relación del conjunto y su parte. La labor original de una nación, y tomaba las ideas de otro autor, estriba en una lenta pero segura incorporación, un aglutinamiento de elementos distintos, aun opuestos, bajo una unidad mayor o un espíritu que trascienda las inclinaciones particulares. El elemento forma parte del conjunto bien por cierta homologación (se sustraen los rasgos específicos en beneficio del carácter de la totalidad), bien porque comparte características con otros elementos, lo que posibilita el cierre de una entidad mayor.

Si esto es cierto, las actuales demandas soberanistas en Cataluña, acaso en Euskadi, desmienten por completo estas equivalencias. Ni se han sustraído los caracteres propios de lo catalán, y éstos poco o nada tienen que ver con los del resto del Estado. Lo primero se percibe en el soberanismo, esto es, el deseo de realizarse netamente como nación. De lo segundo basta apercibirse en las distintas manifestaciones culturales del pueblo catalán, donde se nota un gusto remarcado por la comunidad (los *castellers*, la sardana), claro contraste con la cultura española más popular, el flamenco, cante que conjuga a unos pocos: cantaor y guitarrista tan sólo, que la riqueza instrumental posterior es asunto de la modernidad, sentados y cantando al dolor de un modo hartó estético pero moralmente discutible (el sufrimiento se disuelve o se debiera disolver con la acción), o el toreo, que aunque sean cuadrilla los que luchan con el toro, sólo uno –el matador– acaba con él, y se debe a su hazaña la fiesta y la reputación personal que se vaya a ganar.<sup>31</sup> Estas diferencias descansan en formas muy distintas de entender la vida, el individuo y la comunidad donde ambos se dan. Si a eso sumamos una lengua y una historia propias, tenemos que Cataluña, que toda comunidad con esas características, constituye una realidad singular.

---

<sup>27</sup> Ortega y Gasset, José. [*Diálogo entre maestro y discípulo*] (*Obras completas, tomo VII: Obra póstuma*). Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 2007, p. 101.

<sup>28</sup> Ortega y Gasset, José. *Anarquía gubernamental* (*Obras completas, tomo VII: Obra póstuma*). Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 2007, p. 108.

<sup>29</sup> Al hilo de esta paradoja uno muy bien podría preguntarse en qué creen los españoles. Vid. Ortega y Gasset, José. *El cabilismo, teoría conservadora* (*Obras completas, tomo I*). Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 1ª reimpresión, 2004, pp. 173-174.

<sup>30</sup> De hecho, en demasiados aspectos fue un auténtico precursor y su clarividencia le indujo a ver cómo la economía ganaría una centralidad que no haría sino devaluar a la misma política. Cf. Ortega y Gasset, José. *La solidaridad alemana* (*Obras completas, tomo I*). Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 1ª reimpresión, 2004, p. 136.

<sup>31</sup> Algo de cierto hay en los reproches de los que vieron en la prohibición de las corridas en Cataluña una clara motivación política, por ser propias de la cultura que por lo general se considera española, pero no es menos verdad que la *fiesta* cada vez cuenta con menos partidarios, incluso más allá de tierras catalanas, dado el rechazo que inspira la agonía y muerte de la res, entre los antitaurinos, y el desencanto de los aficionados por el final de uno de sus grandes acicates: la muerte en el ruedo del torero, que hoy parece más dedicado a otras *faenas*. Además la tauromaquia, en cuanto reflejo de la lucha del hombre con la naturaleza, arranca de una cultura agrícola y ganadera hoy en trance de extinción o a punto de evolucionar a una dimensión más industrial y civil.

Ortega lo sabía y reconocía asimismo como lógica cualquier pretensión de independencia por parte de ésta. Era consciente del carácter plurinacional de España, el cual quedaba desactivado merced a la fortaleza de la centralidad del Estado. Cuando éste empero veía reducido su poder –como sucede hoy–, los elementos secesionistas no hacían –hacen– sino dispararse.<sup>32</sup> La grandeza de España nace del primer proyecto totalizador de Castilla, y no pudo ser otra región o comunidad la que llevase a cabo una tarea así: no habría podido con ella. Ahora bien, el filósofo se abstiene de justificar por qué, si la potencia castellana fue óptima a la hora de crear la nación española, algunos de sus elementos bregan por separarse de ella. Advierte también que el particularismo –como llama al sentimiento nacionalista e independentista– constituye un mal en la realidad de España, que afectaba –afecta– a sus principales instituciones: desde la monarquía hasta la Iglesia, por lo que podía concluir que la española no era una sociedad.<sup>33</sup> En última instancia nos las hemos con un mal endémico, que tiene su inevitable correlato en los pronunciamientos constantes del ejército que, so pretexto de salvaguardar la unidad de la patria española, interviene decididamente en la vida pública y las formas de hacer política de quienes dicen defender.<sup>34</sup>

Ambos casos, independentismo (o particularismo) y acción directa (o intervención militar) constituyen fenómenos antiguos del devenir histórico español.<sup>35</sup> La singularidad con respecto al pasado estriba en la aparición de uno nuevo, el soberanismo, que culmina las ansias independentistas con el reconocimiento, por parte de prácticamente la totalidad de los catalanes, de ser una nación de hecho, y por tanto, de aspirar a la plena soberanía por tratarse ésta de la lógica realización política y cultural de Cataluña (y no porque se tenga que luchar con un Estado español que coarte libertades públicas). Es novedosa también la modernización de los miembros de las fuerzas armadas y del orden, lo que desde un apriorismo sólo teórico les imposibilitaría para la acción directa, que lamentaba Ortega, en el caso de una hipotética emancipación de Cataluña. Pero sólo teórico. Que las dos últimas Diadas se hayan celebrado con un espíritu lúdico y reivindicativo, sin apenas exabruptos ni actos vandálicos, confirman la novedad del fenómeno soberanista, el cual no parece merecedor de una repuesta que no sea democrática y pacífica. Por otra parte, y si lo que se quiere es mantener a España como único país, y estos lo son en base a un perpetuo plebiscito sobre el futuro, según una tesis de Renan que Ortega tomó para sus propios fines,<sup>36</sup> no habrá mayor error que ignorar las demandas catalanas, las cuales, en demasiados respectos, se levantan contra la homogenización ideológica de España, esto es, su basculación entre la derecha y la extrema derecha. Ninguna de las dos ha conseguido anular las ansias catalanas independentistas, sino que más bien las han alentado merced al despropósito, la furia y la concepción de un país –España– a años de luz de la verdadera modernidad. De

---

<sup>32</sup> Ortega y Gasset, José. *España invertebrada (Obras completas, tomo III)*. Madrid, Taurus-Fundación Ortega y Gasset, 2005, pp. 439-440.

<sup>33</sup> *Ibid.* p. 461.

<sup>34</sup> *Ibid.* p. 481.

<sup>35</sup> *Ibid.* p. 508.

<sup>36</sup> Hernández-Rubio, José María. *Sociología y política en Ortega y Gasset*. Barcelona, Bosch, 1956, p. 125.

alguna manera también se demanda un concepto más contemporáneo, moderno, y liberal de España (con cierta justicia social), ante los estragos del mundo financiero e inmobiliario y el cuestionamiento radical de la clase política. Porque lo que manejamos hoy caduca, tiene los últimos aromas de un fascismo que alienta aún, que se esconde bajo las capas más aceptables de la economía de mercado, pero que se revela inútil a la hora de forjar una idea más moderna de país.

La devaluación del todo anima a la independencia de la parte.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Bell, D. (1964). *El fin de las ideologías*. Madrid: Tecnos.
- Bilbeny, N. (2011). *Tallaferro & Tocafusta o la dificultad de perdonar*. Palma de Mallorca: Lleonard Muntaner Editor.
- Bermudo, J. M. (2010). *Adiós al ciudadano. Pluralismo, consumo, globalización*. Barcelona: Horsori.
- Díaz-Plaja, F. (1987). *La España que sobrevive*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Fernández de la Mora, G. (1965). *El crepúsculo de las ideologías*. Madrid: Rialp.
- Heidegger, M. (2000). *Carta sobre el Humanismo*. Madrid: Alianza.
- Hernández-Rubio, J. M. (1956). *Sociología y política en Ortega y Gasset*. Barcelona: Bosch.
- Montanelli, I. (1960). *Historia de Roma*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Niño-Becerra, S. (2011). *Más allá del crash. Apuntes para una crisis*. Barcelona: Los libros del lince.
- Onfray, M. (2006). *Tratado de ateología. Física de la metafísica*. Barcelona: Anagrama.
- Ortega y Gasset, J. (2004). *Socialismo y aristocracia (Obras completas, tomo I)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2004). *Canto a los muertos, a los deberes y a los ideales (Obras completas, tomo I)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2004). *El cabilismo, teoría conservadora (Obras completas, tomo I)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2004). *La solidaridad alemana (Obras completas, tomo I)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2004). *España invertebrada (Obras completas, tomo III)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2007). *[Diálogo entre maestro y discípulo] (Obras completas, tomo VII: Obra póstuma)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- (2007). *Anarquía gubernamental (Obras completas, tomo VII: Obra póstuma)*. Madrid: Taurus-Fundación Ortega y Gasset.
- Rousseau, J.-J. *Du contrat social (Oeuvres complètes)*. Paris: Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade 11, 1959-1969.
- Sacristán, M. (1964). *Introducción a la lógica y al análisis formal*. Barcelona: Ariel.